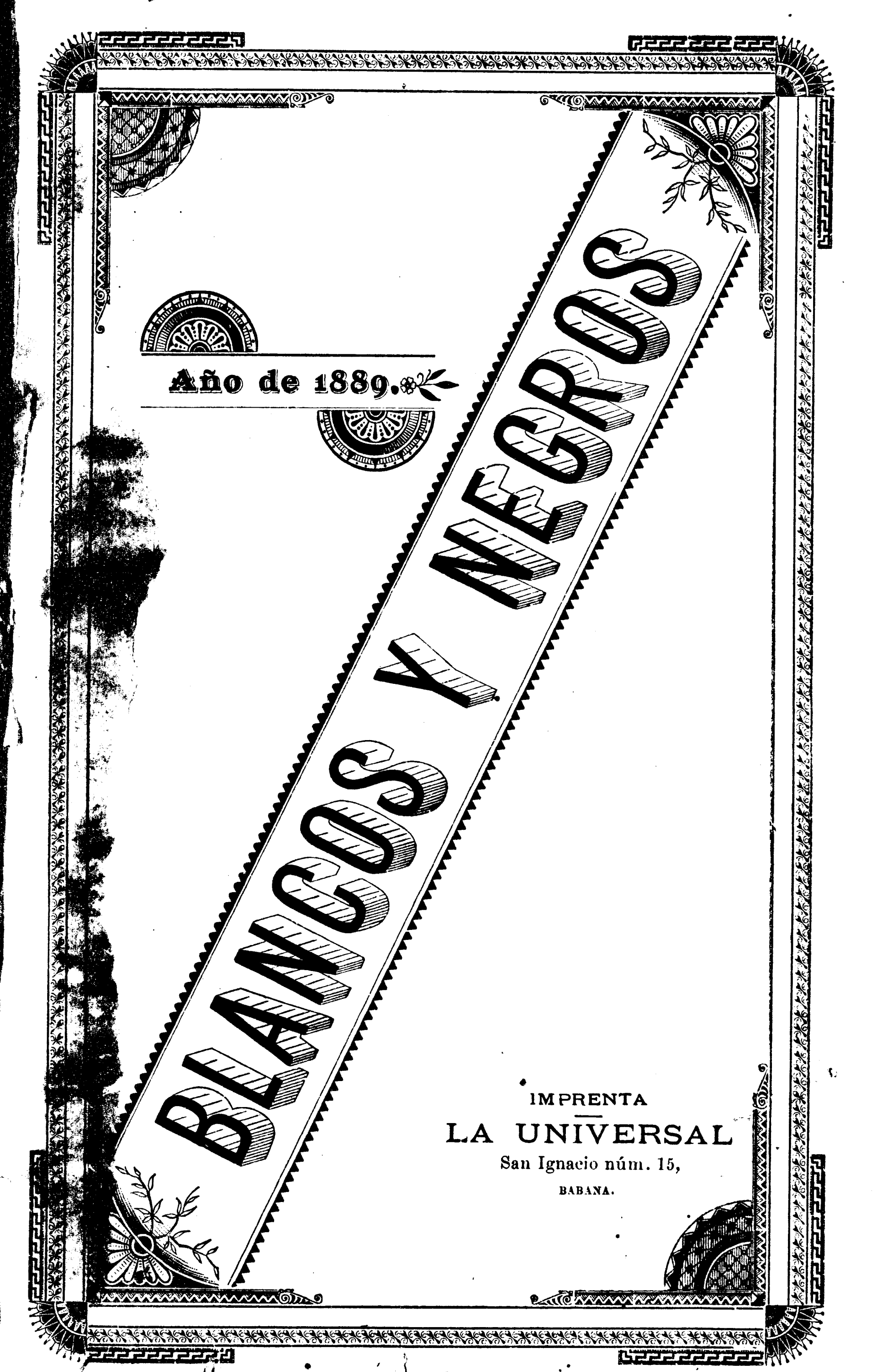
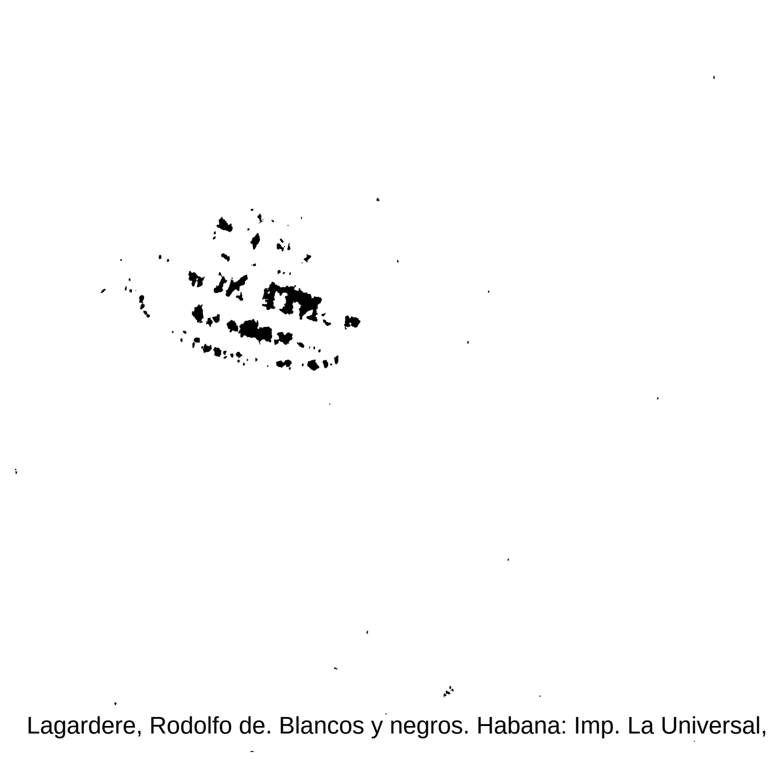

Año de 1889.
BLANCOS Y NEGROS
IMPRENTA
LA UNIVERSAL
San Ignacio núm. 15,
HABANA.



BLANCOS Y NEGROS

POR

Rodolfo de Lagardere.

REFUTACION

AL LIBRO

"LA PROSTITUCION" DEL DR. CESPEDES.



HABANA.

IMP. LA UNIVERSAL, S. IGNACIO 15,

ENTRE OBRAPIA Y OBISPO.

1889.



«Las semejanzas existentes entre las razas humanas prueban la unidad de su especie.»
CAUSSETE.

I.

GRANDE injusticia comete el Dr. Céspedes, como sí fuera patrimonio de alguna raza humana la inteligencia y la moralidad; grande injusticia comete el Dr. Céspedes, al sellar con sello de infamia la frente de los negros, tambien hombres; al llamarlos *«idiotas africanos;»* al creerlos carne roida por la disipación; y al sostener, con un enojo fanático y desdeñoso que, *«en las clases proletarias, en las mujeres de la raza negra, la ignorancia es total y hasta se llega á dudar si de su cerebro brota alguna idea civilizadora.»*

Estas palabras, bruñidas por venenoso amor propio y resultado de especulaciones filosóficas de los *esprit-forts*, que quieren pasar una esponja sobre la geogonía de Moyses afirmando siempre y en todas partes *la fijeza de la especie humana*; estas palabras, manifestación del realismo más desnudo, acaban de recordarme, bajo la impresión más desgarradora de amargo dolor, acaban

de recordarme, al acérrimo esclavista américano, Mr. Gliddon, que con sus argucias y sofisterías embelesó allá por los años de 1844 á los soberbios senadores de la Lousiana congregados en el Capitolio de Washington: «*cíteseme pues,* decía Gliddon, *cíteseme una línea siquiera escrita por un negro y digna de memoria.*»

Con la diferencia de que á Mr. Gliddon, famoso autor de los *Tipes of Măn Kind,* (Tipos del género humano) creyendo tal vez que la Biblia admite y santifica la Esclavitud, guiábale un gran interés político, el interés político de aproximar el negro al mono, para así tratarle como esclavo, como cosa, como máquina, como bestia; mientras que al Dr. Céspedes, mirando con desprecio las leyes del pudor, guiále tan sólo un ódio de raza que le ahoga, ódio duro, fuerte, punzante; ódio de persecución y de exterminio; ódio arrastrado, como diría el gran Shakespeare, *arrastrado por mosquitos de oscura librea*; ódio, en fin, que hace, ó por lo menos pretende hacer, del blanco criollo, *un género aparte, un* hijo de los dioses griegos.

Bien quisiera yo, que las declaraciones hechas por el Dr. Céspedes, tan solo las hicieran los que están declarados por locos ó se apartan de la realidad de la vida y de las verdades de la ciencia. Porque el Doctor Céspedes. al negar lo que niega; al negar todo vavalor á los juicios de los más eminentes naturalistas; al querer reducir á la impotencia á las asociaciones católicas; al querer despojar á la enseñanza de toda influencia religiosa; al tratar de envenenar, con sus opiniones, *á las honradas masas de los ingenios*; al restablecer, en todas partes y á todo trance, la intolerancia librepensadora; al jurar, por los huesos de su linaje, que el cura y sólo el cura, la sotana, *la odiada sotana*, que ha sido la primera institutora del mundo, es el enemigo de la libertad y *Enemigo único*; al reservar al negro un papel subalterno en el organismo general; al consagrar su amor á la infame estirpe de los que niegan á Dios, porque no se lo esplican, ó porque no encaminan todas las cosas á la verdad; el Dr. Céspedes, repito, profesando libremente su credo racionalista y creando un torbellino en derredor de la existencia humana, prorrumpe en una blasfemia más horrible que la blas-

femia del Satanás atravesando los abismos del vacio y encontrándose con el Sol, que nos describe Milton, en su *Paraiso Perdido*, y desfigura, á la vez, un hecho cierto y evidentísimo: LA UNIDAD ADÁMICA.

Hace más, presenta esa unidad, bajo un aspecto que hace subir el rubor á las mejillas, que entroniza la deshonra, y que sólo es conveniente á las miras del partido político que llamándose, por apodo, *liberal*, y no escapando á la ubicuidad de su mirar, ni el gesto, ni el átomo más insignificante de las desesperaciones dantescas y de las monstruosidades espantosas de la Colonia de que nos habla el Sr. Montoro, simula, inclinándose por la pendiente de la calumnia y de la ingratitud, simula abogar por la redención del antiguo esclavo, hijo tambien del *Dios constituido en Padre del Universo entero, habiendo sido criado sólo.* (1.)

En efecto, las palabras sombrías y misteriosas que ha creido absolutamente necesario decir el Dr. Céspedes, olvidando que según San Pablo, «*Dios hizo* (2) *que todo el humano linaje saliera de un sólo hombre para que habitase en toda la faz de la tierra;* las palabras ó mil visiones extrañas del Dr. Céspedes, forjando falsos dogmas y renunciando á los verdaderos, denuncian, sin apelación, el ministerio audaz del autonomismo, esto es, su opinión profundamente sentida, de que la raza negra es un engendro maldito de las tinieblas y de la noche, un engendro refractario al saber opulentísimo del blanco criollo, á la dignidad de la gran familia antillana, y obstáculo constante del decoro y la estabilidad necesarias de las instituciones modernas en estas apartadas provincias españolas de la América.

Suponiendo que fuese cierta la inferioridad del negro, y no pura fantasía de los poligenistas criollos; suponiendo que esa especie de anatema pesase aún sobre el ayer esclavo, sobre el que ayer, recibía en sus espaldas el látigo, y en su rostro la saliva de los viejos hacendados, fáciles en seguir á Mr. Cathoum (3) man-

(1) Libro de la Sabiduria, Cap. X. v. 5.

(2) Actas de los Apóstoles, cap. XVIII v. 26.

(3) Mr. Cathoum, Secretario de Negocios Extranjeros de los Estados-Unidos en 1844.

teniendo la pureza de las diferentes agrupaciones étnicas; fáciles en apoyar á Mr. Morton, autor de los *Crania Americana*: fáciles en hacer revivir la hipótesis de *La Peyrere*; fáciles en admitir la monstruosidad de que la especie humana brotó expontáneamente; fáciles en profesar la teoría de la multiplicidad de las especies; fáciles en creer que los negros están destinados perpetuamente á ser salvajes en Africa ó esclavos en América; y fáciles, por último, en ver en los negros á los hijos de Cham, maldecidos por Noé, y cuyos descendientes debieran continuar siendo los eternos descendientes de Sem y de Jafet, ¿qué cargos, qué sérios cargos no podría yo hacer á la raza á que no dudo pertenezca el Dr. Céspedes, por sus abuelos, bisabuelos, y ascendientes? ¿Qué cuentas no podría yó pedir al Dr. Céspedes, empeñado en encerrar la personalidad del negro en el ataud de plomo de las genealogías y del privilegio del color, y empeñado en desdeñar, de la manera más injuriosa, al tenido por él, como inferior á los brutos, á las aves y á los peces? ¿No temerá el Dr. Céspedes, el juicio, impregnado con lágrimas, de los que mañana escriban y dirijan su ojo perscrutador sobre esa democracia criolla-blanca-sin igualdad-democracia que ha destinado á los negros como los caballos padres en las yeguadas; que ha relegado á ser meros comparsas, sin voz ni voto, á los negros autonomistas; recibido con una sonrisa de menosprecio las advertencias de Gualberto Gomez: y mantenido á los ayer esclavos en la más crasa ignorancia, por medio de grandes cábalas políticas, de tremendos engaños y de sofísticas mentiras? ¿No temerán esos blancos que comulgan en los mismos altares que comulga el Dr. Céspedes; esos blancos, hipócritas como los fariseos y de eterna sonrisa en los labios como los escribas; que se amamantan, en odio á sus padres, los españoles; que crecen oyendo maldecir á España; que antes pronuncian baldones á nuestros gobiernos, que pronuncian el nombre de Dios vivo; que gastan sus dias mirando con odio el pabellón español; esos blancos, repito, que olvidan la influencia del atavismo en la configuración y en las facciones, la influencia de los ascendientes sobre los descendientes, el resultado de

una sola gota de sangre negra que caiga sobre una sola gota de sangre blanca, no temerán el fallo de la historia, por haber perpetuado á los negros, mucho tiempo y por razones de conveniencia, en instituciones como la de la Esclavitud, opuestas á su naturaleza y á su voluntad? Y si los que más han aparentado desarrollar la personalidad humana en todas las direcciones de la historia; si los que más han invocado las tres mágicas palabras que escribió en sus banderas la revolución del siglo XVIII; si los que más han invocado la Justicia Divina para así evitar mayores desmanes en lo humano; si los que más alardean de llevar la libertad al espíritu de razas encorvadas bajo el peso de lo que llaman su inferioridad, son los mismos que con el Dr. Céspedes ven en «*la raza negra un estiercol aislado que debe destruirse en su misma podredumbre;* los mismos que creen con el Dr. Montalvo, esquivando la luz del dia, que la raza negra se halla condenada indefectiblemente á desaparecer; los mismos que con Mr. Pouchet no distinguen en los negros sino «*unas entidades especiales que caminan hácia un fin que no es el de los blancos;* los mismos que profesan las doctrinas zoológicas de Pablo Broca sobre el estrecho parentesco del negro con el cuadrumano, el mursupial, el anfibio, el pez, y hasta con *la lombriz solitaria;* los mismos que con el diputado Ortíz quieren *blanquear los horizontes*, para así contener el acrecentamiento de los mestizos; los mismos que con el diputado Terry pretenden lavar la epidermis á muchas negras y mulatas degradadas por la sed de oro......... mulatas y negras que mezclan por los *cruzamientos*, su impura sangre, con *la sangre pura*, y así suben hasta los blancos que divulgan sus uniones ilegítimas tras la vicaría; los mismos que desde las columnas de *La Aurora del Yumurí* consideran una idea perturbadora la igualdad humana y proclaman que se ha hecho bastante por el derecho de los negros; los mismos que con Zambrana (1) llaman á los mulatos, «*población híbrida, grupo humano incapacitado de un modo irremediable para las actividades*

(1) Discurso pronunciado por D. Antonio Zambrana en la sociedad Antropológica de la Habana el 26 de Diciembre de 1888.

nobles y luminosas y para los varoniles empeños; y los mismos, en una palabra, que hicieron, hasta 1866, el peligrosísimo comercio de carne humana, y mantuvieron á los hombres de color sumidos en ominosa servidumbre durante cuatro largas centurias, ¿porqué derecho, en virtud de que derecho, un criollo blanco, casi un sabio como médico, casi un rebelde como político, casi un ateo como filósofo, exige cuenta de sus actos, responsabilidad estrecha de sus ideas, á quienes por sus graves infortunios, sus grandes y dolorosas angustias, merecen los mayores y más profundos respetos, la más cristiana y caritativa lástima? ¿Acaso no sabe el Dr. Céspedes que el mundo moral corresponde únicamente al mundo intelectual, á ese mundo que da al pensamiento libre vuelo, y á la conciencia altivez y dignidad? ¿Acaso no sabe el Dr. Céspedes que la verdadera democracia, lejos de significar el antiguo feudalismo de los ingenios, donde el negro no era considerado como un hombre y sí como instrumento de labranza; lejos de significar la esclavitud y la insaciable voracidad do los que la explotaban; lejos de significar la violación de mulaticas y negritas de ojos dulces y apasionados, por aquellos, que ébrios de lujuria, hasta la brutalidad, creíanse poder elevarse gigantescos é inmensos sobre la tierra; lejos de significar las lágrimas tan maravillosamente fingidas sobre el cepo y el grillete en tribunas y periódicos, en los gabinetes de Lhardy y las mesas de Fornos, en el teatro de Albisu y el circo de Jané; lejos de significar la identificación en principios é intereses con los anexionistas, filántropos, que pretendían con el concurso de los demócratas del Sur de los Estados-Unidos, extender y perpetuar la esclavitud en toda la América intertropical; lejos de significar la ridícula mofa, el descreimiento, la indiferencia, las ambiciones ruines; lejos de significar tanta bajeza, tanto materialismo, tanta farsa, tamaña hipocresía, es y significa, en las colonias, la muerte de todas las vacilaciones, de todos los extravios, de todos los privilegios?

II.

Si esas pobres mujeres, tratadas con hipócrita severidad, hubiéranse enriquecido, al poder de las transformaciones, comprando y vendiendo *carne humana*, *ébano vivo*, durante los ominosos tiempos en que un esclavo, un hombre, la imájen de Dios, valía en los mercados cristianos y civilizados, valía 1000 pesos fuertes, como pudiera valerlos un caballo de pura raza árabe ó de pura raza andaluza, quizás y sin quizás, tenido en más aprecio, en más valor que el negro; si esas pobres mujeres, sintiendo su propia impotencia, levantándose sobre las sombras que oscurecían su dignidad ultrajada, las energías de su albedrío, los pensamientos de su razón, respondiendo á la voz de todo lo cognescible por el entendimiento, á la voz del Cristianismo que no reconoce castas, y despojándose del ridículo miedo, hubiéranse acercado á la escuela con impetuoso movimiento y en igualdad de condiciones con las blancas, sus hermanas, y digo *hermanas*, porque todas las mujeres como todos los hombres, tocamos los cielos por la idea, y reconocemos la misma unidad de cuna, la misma unidad de origen, y la misma unidad de tronco; si esas pobres mujeres, fueran las opulentas herederas de los poderosos peninsulares á quienes gratuitamente apellida el Dr. Céspedes *tártaros* y *explotadores*; si esas pobres mujeres, sacrificasen los grandes intereses morales de la patria española, por el tanto por ciento que reditúa, por los secretos del alza y baja de la Bolsa, *por las estadísticas llenas de números*, y *los mostradores llenos de cuentas*; si esas pobres mujeres no leyeran ayer el inflexible *non possumus* de la colonia, escrito sobre el pórtico de la Universidad; si esas pobres mujeres, como consecuencia de asistir á la Universidad y á la escuela, no se hubiesen dormido entregadas á la grosería de los sentidos, y al fatalismo de las preocupaciones poligenistas aun existentes; si esas pobres mujeres hubiesen tenido la potestad de sus acciones, la facultad de elegir, el libre albedrío y la voluntad propia; si esas pobres mujeres, como dice el

evangelista, (1) no se hubiera movido *por cosa extraña, por ageno impulso, ó gozado de libertad, en tanto pueden hacer ó no hacer, obrar de un modo ó de otro, exigir en lo que es por naturaleza honesto, que torpe, y lo que es bueno y en realidad debe hacerse;* si esas pobres mujeres hubieran poseido la libertad natural y la libertad moral, en vez de hallarse sujetas, como los brutos, á un determinismo inflexible que acallaba sus facultades de pensar y de querer; si esas pobres mujeres, al obrar, hubiesen tenido la facultad de elección, la voluntad de ejercer actos diferentes y contrarios, actos de omnímoda individual soberanía; si esas pobres mujeres no hubiesen sido despojadas de la diadema que Dios colocó sobre las sienes de todo ser humano, ni sumergidas en el lodazal de esa gran vergüenza, de esa gran corrupción llamada Esclavitud; si esas pobres mujeres no hubiesen sido desviadas de su fin supremo, y reclamadas por la civilización universal, tuvieran el recuerdo de haber visitado á Madrid y sus Retiros, conocido á New-York y sus Avenidas, recorrido á París y sus boulevares y teatros, admirado á Londres y sus fábricas, saludado á Viena y sus museos, visto á Berlín y sus cuarteles, extasiándose, por último, en Roma, la ciudad de mármol, la apoteosis en roca del pueblo romano y del mundo católico, la ciudad de las ruinas desiertas del Foro y del Coliseo, la ciudad de las piedras de la via Apia y de las estátuas talladas por los esclavos griegos, la ciudad de las sublimes creaciones de Rafael y de los armoniosos bustos de Miguel Angel, la ciudad, en fin, de las bóvedas de la Capilla Sixtina y de las obras de doble génio de Benvenuto Cellini y Fray Angélico; si esas pobres mujeres siendo capaces de aventurarse por las insinuaciones del orgullo, hubiesen gustado de todas las alegrías del espíritu y gozado de todos los placeres del cuerpo, cómo otras *patricias de la Colonia* han gozado y gustado, gracias al trabajo grátis de los negros que *daba para todo*; si en fin, «*la piel blanca y el pelo rubio*, como sostiene tan brillantemente Emilio Castelar, *fuesen*

(1) Joan, VIII, 34.

en Cuba lo que la piel negra y el pelo crespo,» entónces y solo entónces tendrían razon de ser la mofa y la crítica de los que á pesar de llamarse liberales, demócratas y filántropos, representan las ruinas de todas las soberbias antiguas, y mal que les pese, están destinados por las rigurosas leyes de la Providencia en la historia, están destinados á que los gobiernos de Madrid vean en ellos unos enemigos inofensivos, unos enemigos académicos, sin otra idea, otro método, otro interés que el de condenar al peninsular y al negro á una larga tutela; sin mas armas que la retórica pagando vergonzoso tributo á una insurrección que si no concluyó por la fuerza de lar armas, como sostiene LA LUCHA, *concluyó con oro*, á decir del ilustre general Salamanca; ni mas baluarte que *El Pais*, ¡pobre periódico! que al olvidar la desaparición del espíritu de la caballería, tan combatido por el inmortal Cervantes, inclina á sus parciales á que se borren de las listas de sócios de los Casinos Españoles; piérdese en elucubraciones sobre el fraccionamiento del partido conservador; alardea de ser mas gubernamental que el mismo Sr. Cánovas del Castillo; simula ser mas español que el Rey; se crece en amenazas que son contestadas con sonoras carcajadas; se agiganta con indiscretos juicios sobre derechistas é izquierdistas, devorándose á sí mismos; y sacando una consecuencia simpática á su orgullo, niega cuantas libertades se encuentran fuera de su campo reducidísimo, disposición natural á la paradoja, y que me recuerda, sin quererlo, á aquel mendigo brabucón del cuento:

«*Déme V. una limosna* porque sinó...
Si no ¿qué? veamos.
Pues señorito, me marcharé sin ella.

Así está la cuestión planteada, señor doctor. Nada se oculta, nádie se engaña, nádie rie ya.

¡Los negros! los que hemos sufrido todas las contrariedades humanas, todos los escesos de la sed de oro, todas las miserias de la codicia, todas las idolatrias del *Dios vientre*; ¡Los negros! víctimas de todas las impaciencias, de todos los ajiotajes, de todos los delirios y vejaciones de una moral utilitaria, y de todas las des-

moralizaciones, y orgullos semejantes á aparatosa decoración de los Bufos de Sala; ¡Los negros! *vencidos en toda clase de luchas sociales*, pedimos, hoy, con el inmortal autor del Fausto, pedimos:

Lúz, Lúz, más Luz, á los que se han constituido en estado de *mentira viviente*.

Dicho esto, no tema el simpático Doctor, cuyo nombre es ya acreedor á figurar en las páginas de la filosofía contemporánea, no tema el jóven Presidente de *La Liga Anti-clerical* de la Isla de Cuba, emita yo, en este debate, frases duras y punzantes como el cardo, frases que puedan ofenderle en lo más mínimo, ni ménos, me entregue á cierto género de violencias y arrebatos.

Al hundir la espada hasta la empuñadura, en defensa de la grandiosa doctrina de la unidad adámica del hombre, *que es uno y esencialmente uno*, mi mano estará cubierta con blanco guante de perfumada y veneciana seda, cual cumple á escritores nacidos en la tierra de los garbanzos y de la hidalguía, á escritores, cuyo patriotismo es denostado con toda suerte de ignominias, por los que no quieren de sus padres, los españoles europeos, ni los átomos calcáreos de sus huesos.

III.

Entremos en materia, por más que ésta no sea muy amena, ni se preste á las galas del lenguaje y del buen decir.

La inteligencia no es blanca, no es negra, ni tiene colores. Jesús, al morir por la voluntad de su Eterno Padre en el monte santo del Calvario, murió por los americanos y los asiáticos, por los africanos y los europeos, murió por todos los hijos de Adam, por todos los hombres. El hombre y el mono no han salido de un mismo tipo comun. El negro envilecido por la esclavitud, no difiere esencialmente del *homo Japeticus* de Bory de Saint-Vicent.

Esto, que yo me atrevo á sostener, por ser cristiano, por ser católico, y católico á *macha martillo*, como diría mi querido amigo y maestro el Sr. Menendez Pela-

yo, lo sostienen y lo afirman rotundamente, sábios de la talla, de la fama, del prestigio científico y de la superioridad intelectual de los Linneo, Buffon, Cuvier, Saint-Hilaire, Hugh-Miller, Serres, Flourens, Cauchy, de Quatrefages, etc., etc., sábios, tan superabundantemente sábios, que se sienten capaces de rechazar, llenos de la más grande indignación, la monstruosidad de que el ser humano, creado á semejanza del mismo Dios que sacó los mundos de la nada, ¡el hombre! que ha escrito *La Divina Comedia* con Dante, *La Ciudad de Dios* con San Agustín, y *La Summa* con Santo Tomás; ¡el hombre! que ha pintado *El Infierno* con Micaelo-Arkangelo, las Logias del Vaticano con Rafael de Urbino, y resucitado al Cristo Crucificado con los pinceles de Velazquez; ¡el hombre! que ha arrebatado sus arpas á los querubes, con los Misereres de Palestrina, las inmortales armonías de Rossi, las barquerolas de Rossini en *Otehllo*, y las supremas tristezas y nostalgias de Bellini, en los rondós finales de *La Norma* y de la *Sonámbula*; ¡el hombre! que ha recitado versos con Calderón y Moliere, gigantes de la fantasía que rinden á su voluntad todo el teatro; ¡el hombre! que con Cervantes y Shakespeare, ha conservado la castidad trágica y arrancado de cuajo todas las perezas; ¡el hombre! que ha escalado los aires con los globos, bajado al fondo de los mares con los buzos, acortado las distancias con el ferro-carril, trasmitido el pensamiento con el cable, esclavizado la electricidad con el pararayo, unido las ideas con el teléfono, y regulado el tiempo con el barómetro; ¡el hombre! que ha engrandecido las regiones sidéreas, revelado la identidad de los metales, enseñado las leyes del péndulo, señalado la armonía de los astros, y descubierto las afinidades entre las moléculas; ¡el hombre! que ha armonizado las matemáticas del cielo con las matemáticas de la tierra, observado el movimiento de nuestro planeta, penetrado lo infinitamente grande con el telescopio y lo infinitamente pequeño con el microscopio; ¡el hombre! que ha redondeado el Asia, descubierto esta América que no soñara Toscanelli, y escudriñado los misterios con la Imprenta; ¡el hombre! que ha asombrado á la diosa Minerva con San Bernardo, San Ambrosio,

Bossuet, Mirabeau, Lacordaire y Castelar; ¡el hombre! que ha unido á la humanidad con el Verbo Creador, con Jesus, ¡Jesus! portento de los portentos; ¡el hombre! en fin, lo más grande de la creación, el que sin ser mamífero participa de la materia, y sin ser angel participa del cielo, como el más supremo arquetipo; ¡el hombre! por una serie de transformaciones sucesivas, descienda del gorila, sea nieto de los reptiles, fragmento de silice elaborada ha cien mil años, residuo de transformaciones antidiluvianas, ser intermediario entre el hocicudo chimpazé, de fealdad repugnante, de mandíbulas salientes, de boca enorme y hundida, de naríz aplastada, de frente deprimida, de miembros desmirriados, hasta la deformidad; ser intermediario entre *la bestia con rabo*, y el grande, el sublime, el inmortal *Racine*, de esplendorosa hermosura como la de una circasiana, de frente griega, espaciosa, para alojar su voluminoso cerebro, de irreprochable blancura como la de un hijo de Petersburgo ó Amberes, de correctas lineas como las mujeres del Renacimiento, de finos labios como las princesas de la real sangre prusiana, de negros y profundos ojos, que abrasan, como los de una andaluza, cuando bebe manzanilla y baila el jaleo al son de la guitarra...... monótona y uniforme, como del Africa oriunda, de blonda cabellera como de Francia el cuarto de los Enriques, y recordando en sus hermosas tragedias, recordando á los clasicos griegos, esos colosos de la inspiración, que muestran con las creaciones sublimes de su genio maravilloso, que si Dios concedió al bruto, instinto, solo instinto, libre albedrío concedió al hombre, solo al hombre.

Pero nada importa que la verdad escrita en los mismos y explendorosos cielos, la desmienta el filósofo en su delirante orgullo, y por una tenacidad ridícula, y por una crítica burlona, y por una soberbia semi-satánica.

¡Y qué!

Por encima de la antropología transformista, por encima de la mezquina ciencia humana, de la ciencia siempre infantil, que no ha podido todavía esplicarse la formación de las nubes, ni la circulación de la sangre, ni la fuerza contenida en los aires y en los mares,

ni da otras soluciones que las soluciones irrisorias y humillantes, bien de la teoría poligenesica partiendo de *la monada* y terminando en Adam por cambios ascensionales, ó bien de la teoría trasnochada de Mr. Darwin, que ha creido encontrar los mismos grados en el ángulo facial de un negro hotentote y el ángulo facial de un joven orangutang, está la ciencia divina, la ciencia cristiana, la ciencia revelada por el Autor de los seres y de los mundos, la ciencia infinita, que *no confunde al macaco con el hombre,* ni menos señala al negro, según place á algunos sabios, recibidos de doctores, no señala al negro una serie en la escala zoológica; antes al contrario, vé en él, un ser que piensa, siente, quiere, susceptible de cultura, y en cuyos ojos brilla la luz de la eternidad, el gigantesco espíritu con que El Eterno animara su deleznable arcilla, el soplo de Aquel á quién cantó Plácido en versos inmortales, por haber dado *«olas y peces al mar, luz á los cielos, fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos, vida á las plantas, movimiento al rio.»*

Bien se yo, que estas declaraciones merecerán la burla y el desprecio del Dr. Céspedes, muy ciego y muy engreido y muy orgulloso con su semi-ciencia, y afirmando presuntuosamente que sus conclusiones son las solas exactas. Pero ni su desprecio, ni su orgullo, ni su juicio apasionado, me asombran, ni intimidan. Y no me asombran ni intimidan, porque las barreras que cree haber levantado el libre-pensamiento del Siglo XIX, rompiendo en pedazos el hogar, la familia y la pátria, caen derribadas, á la manera que los terremotos derriban las torres más altas, hasta en sus cimientos, caen derribadas, repito, ante los estudios anatómicos de Vrolik y de Weber sobre la configuración del bacinete, las observaciones de Flourens sobre la piel, el análisis de Tiedeman sobre el cerebro, y sobre todo y más que todo, ante la terrible igualdad de los cementerios, llenos de pirámides, de bajos relieves, de estátuas, de panteones y de columnas; pirámides y columnas bajo las cuales yacen los despojos de las vestiduras terrenas de los ricos y poderosos blancos, junto á las humildes fosas de los pobres y miserables negros; que no por ser negros y miserables y pobres, dejan de mos-

trar en sus sepulturas hacinadas, al igual de sus altos y antiguos señores, la misma cal, el mismo fósforo, los mismos y mondados huesos, la misma y desnuda calavera, todo lo que encierra la muerte en su misterio, y todo lo que es característico de la pobre humanidad ¡la humanidad! condenada inevitablemente á desaparecer de la tierra, para perderse luego en lo inmenso, en lo infinito, en los cielos de eterna luz y biennandanza.

Digamoslo con franqueza entera.—

No hay más que una y sola naturaleza humana. Las razas son las variedades de la unidad—hombre. Los colores de la piel y la aspereza ó finura de los cabellos, meros accidentes debidos al clima y á la luz. El hombre ménos culto es el más inferior aunque pertenezca á la raza caucásica. La raza blanca no representa sino una mejora, un progreso, en la gran cadena antropológica. Las partes coloridas de la piel en el hombre blanco, son análogas á las partes coloridas de la piel en el hombre negro, hasta tal punto, que Mr. Gubler ha observado y demostrado, en plena catedra de anatomía, sobre el envoltorio cutáneo del cerebro de un blanco. *«la coloración que se suponía característica del cerebro del negro.»*

Sí, no hay razas superiores ni inferiores. No hay castas cuyo orígen avergüenze. Sólo existen *razas atrasadas*, razas sumidas en la degradación, sumidas en el servilismo, pero con unidad de irradiación, y por consiguiente, con unidad de centro de creación.

La condensación del progreso exige largos años, á veces, largos siglos.

Aquí, en Cuba, por una especie de oftalmía ó miopía intelectual, se ha emancipndo el cuerpo, nada más que el cuerpo del humilde siervo; pero no se ha emancipado su conciencia, no se ha emancipado su inteligencia, no se ha emancipado ninguna de las facultades de su espíritu.

¿Qué ha estudiado el negro? ¿Qué sabe el negro? Y si nada sabe, ni nada ha estudiado sobre las varias manifestaciones de sus deberes y derechos; si desconoce por completo la realidad práctica de la vida; si confunde muchos principios y duda de algunas doctrinas, ¿será suya la responsabilidad de no tener sobre estas

ideas una claridad y exactitud rigurosamente matemáticas? No.

Pues no siendo suya, á otros y no á él, incumbe dirigir sus miradas al porvenir, tratándose de un problema tan grave como el problema social, problema que puede matar, como una bomba asfixiante, á los que no tienen por criterio la historia, y niegan su más alta y esplendorosa realidad á la fraternidad predicada por el Santo Evangelio, libro el más democrático. más profundo, más sencillo y digno, á la vez, de ser leido, por los que piden una antorcha á la naturaleza abstracta del panteismo, y una bujía al racionalismo y al naturalismo de Buchner y de Lamark.

IV.

El desarrollo del cerebro, la configuración de las manos, la oposición del pulgar y del índice, la situación vertical, el aparato vocal, la talla proporcionada, la celaridad de las pulsaciones del pulso, cabeza, tronco, miembros inferiores, miembros posteriores, órganos de los sentidos, órganos de la sensibilidad y del movimiento, igualdad de libertad en el movimiento de los brazos, órganos de la generación, funciones vitales internas y externas con algunas variantes muy secundarias, idéntica duración en la preñez, igualdad en la duración de los períodos menstruales, igualdad de facultad de hablar, de reir y de llorar, todo está igualmente organizado, todo se presenta idénticamente en la raza negra, como puede estarlo organizado y se presenta en la raza blanca.

La Anatomia, con su escalpelo, no ha podido encontrar en las fibras del cerebro del negro, una diferencia esencial con la del cerebro y los glóbulos cerebrales del blanco, toda vez que la experiencia de los siglos, los análisis y los experimentos de la Química, y los testimonios de la Cosmogonía, de la Geología, de la Física, de la Geografía Fisica y de la Historia Natural, no lo han demostrado.

El cerebro del negro en nada difiere enteramente del cerebro de los demás hombres. Cualquier osario

de un negro que se examine, ofrece las cuatro figuras principales del cráneo humano: redondo ó braquícefalo, largo ó dolicocéfalo, mediano, ni largo, ni redondo, ó mesaticéfalo, y aún algunos *microcéfalos.*

En cuanto al volúmen del cerebro, olvidado debe tener el Dr. Céspedes, que no quiere creer sino lo que puede entrar en sus cálculos y fórmulas, olvidado debe tener que el volúmen del cerebro es un dato bien insignificante, por cierto, para medir el desarrollo intelectual; pues como dice el poeta: «*Cabezas hay hermosas pero sin seso.*»

Pero aparte de estas consideraciones generales, ¿se concibe que la inteligencia hagase depender del color de la epidermis? ¿Quién fija esa superioridad? ¿El partido autonomista? ¿El Dr. Céspedes? ¿Con qué derecho? Y si el Dr. Céspedes admite las suspensiones de desarrollo; si el Dr. Céspedes olvida que ciertas fases embriogénicas no representan conformaciones permanentes, aunque estas sean «las anomalías reversivas de Mr. Pozzi» si el Dr. Céspedes no ha dicho la última palabra sobre la inferioridad de las razas; si el Dr. Céspedes niégase á reconocer que si el plan general del cerebro se presentase idéntico en todos los mamíferos, y en el hombre, y hombre es el negro, los primeros presentarían idénticas analogías de inteligencia que el segundo; si el Dr. Céspedes no quiere recordar que ningun caracter, ni anatómico, ni embriogénico, ni paleontológico, acredita que los vertebrados sean los ascendientes del hombre; si el Dr. Céspedes rinde culto á investigaciones anatómicas ú ontogénicas, que paleontológicamente consideradas nos encaminan á épocas de cuya existencia no tenemos noción alguna, y cuando más, solo pueden dar orígen á conclusiones hipotéticas, tanto más dudosas, cuanto que se refieren á edades antidiluvianas; si el Dr. Céspedes intenta hacernos esclavos de fatales doctrinas de un materialismo reduciéndolo todo al conocimiento de la tierra y de sus especies animadas; si el Dr. Céspedes parte del principio de que no hay ciencia posible sin observación externa; si el Dr. Céspedes riese de la Metafísica, y ve en el hombre, en el negro, sólo un ser del reino zoológico; si el Dr. Céspedes eleva el darwinismo á

verdad científica, y niega las verdades sostenidas por el dogma cristiano; si el Dr. Céspedes acepta la ley de la evolución, y en su consecuencia, acepta la mutabilidad de las especies, la inferioridad de las razas, esa inferioridad en que dá lugar preferente al negro, cansado ya de oir cosas peregrinas y estupendas por parte de aquellos que simulan sentir por su ignorancia una pena que no sienten; si el Dr. Céspedes, en fin, cargado de buenas noticias, y prestando atento oido á la brillantez característica del espíritu francés, y á los problemas de la nebulosidad germánica, habla constantemente del objeto de su ódio, esto es, habla desdeñosamente de las mulatas, objeto hoy de largas y constantes discusiones... .. ¿de qué extrañarse, que lleno de soberbia satánica, se averguenze de Dios; crea que Adam, el único hombre primitivo, ostentó piel velluda, color rojo, y cola larga; y haga derivar de una série de familias de monos, á la gran famitia humana, ¡gloriosa familia! que tiene su punto de parada en un mismo tronco, y que se ha desarrollado de un modo paralelo, *pero independiente*?

V.

Yo no seguiré al Dr. Céspedes en el terreno de las recriminaciones: creo que tratándose de la pavorosa Cuestión Social de las Antillas, los publicistas gubernamentales, debemos ser muy parcos en las citas y muy someros en las censuras personales, al rebatir á los que difaman á una parte importante de la humanidad. Pero tambien creo, que en presencia de las inquietudes de los notables del partido autonomista, despertadas tantas suspicacias por sus oradores, estimulados tantos recelos por sus médicos y más distinguidos académicos, cumple á nuestro deber, con inquebrantable energía, buscar restauraciones del honor y de nuestra conciencia política, allí donde se nos calumnia y allí donde se nos rebaja. Porque claro está, y no habrá nadie que lo niegue; claro está que de nada han servido las ideas de paz y armonía formuladas por la sensata prensa y patrióticos centros de la raza

negra. Declaraciones inesperadas, que despues de todo, sirven á dicha raza de experiencia grande y lección diaria y constante, han venido á demostrarle que, los que aquí en las Antillas Españolas se llaman demócratas y liberales, la destinan, como tan gráficamente ha dicho el periódico *La Fraternidad: la destinan á la categoría de «rudos trabajadores de la tierra, sin más aspiración que á vivir brutalmente en nuevo género de servidumbre.»*

Para mi, y esto se enlaza con las afirmaciones hechas por el Sr. Zambrana, y con las palabras concluyentes y elocuentísimas del Dr. Montalvo, manteniendo la doctrina de los grupos etnicos á que hace tambien referencia el sábio Quatrefages; para mí, el partido autonomista, olvidando los consejos de los más famosos tratadistas y las lecciones incontestables de la historia; para mí, el partido autonomista se halla resuelto, con voluntad infranqueable, se halla resuelto á dejar sin efecto las interpretaciones dadas por la voluntad nacional en las Córtes Constituyentes de 1869, y á negar al negro, la esencia íntegra de su soberanía encarnada en la Nación misma.

Pues bien, Quatrefages, lo mismo que el ilustre Michelet, y el no ménos ilustre Baron de Humbolt, Quatrefages no opina como opina el inteligentísimo Dr. Montalvo, digno, dignísimo compañero del doctor Céspedes, y como él, amenazando, al igual del Sr. Saco, *de funesta memoria*, amenazando, con la extinción y la deshonra, á los llenos de llagas y úlceras.

Antes al contrario, así como Michelet sostiene valientemente que la raza negra, y digo negra y no de color, puesto que la física moderna, por medio del estudio de sus espectros, ha demostrado que no existe el color negro negación de toda luz; así como Michelet, repito, sostiene que la raza negra no es perturbadora ni peligrosa; que las razas más enérgicas que han aparecido sobre la tierra han sido producidas por la mezcla *de elementos opuestos*, que aparecían opuestos quizás, por ejemplo, la mezcla del blanco con la mujer negra; elementos que dan por resultado *el poderoso mundo mulato* de extraordinario vigor, y capaz por si solo de regenerar á las razas en-

fermizas que aquí en América languidecen, se debilitan, se extinguen y sucumben bajo el peso de la falsa bandera de los Estados Unidos: así como el Baron de Humbolt considera á la raza blanca como la raza central, juntándose á la mongola por los filandeses y los as-jacks que tienen su misma tez, su cabello y el color de su pupilas; luego por los tártaros que pasan insensiblemente por los Kirghis y los Jakutz, en la raza mongola, y así sucesivamente por los indus que se comunican con los blancos por la lengua sanscrita y como los indus se unen á la raza negra por los abisinios que tienen una lengua semítica y algunos rasgos europeos, y por los árabes de Suakis, que se asemejan á los nubios, como luego vienen los naturales de Muhass, enseguida los fulas y los mandingues, y por último, prosiguiendo hasta el Congo, los negros completos y los hotentotes; unidos estos últimos íntimamente á los montañeses de Madagascar, y estos á los de la Conchinchina, de las islas Molucas y de las Filipinas, donde se halla igualmente una raza de montañeses negros, de cabeza lanosa, que differen por el lenguaje de los demás naturales y se hallan en contacto con los indígenas de la Nueva Holanda, la Nueva Coledonia y las Nuevas Hébridas, los cuales á su vez por la semejanza de costumbres, de religión, y en parte, por ciertos rasgos físicos, están enlazados con los nuevos zelandeses y otros naturales de Polinesia, y por una degradación insensible del color, volvemos casi á las familias asiáticas, á las familias blancas... que no obstante su color de nieve la más pura, representan á su deidad predilecta, á Vichnon, *(ó Vishu)* en *forma de hombre* negro:» así tambien Quatrefages, tan citado por el Dr. Montalvo, salva el principio de la unidad primitiva del hombre, el principio de la analogía profunda y grabada en todas partes de la estructura de la piel del hombre, y declara, en la plenitud de su sabiduría y de su prestigio, declara que *«los grupos humanos son otras tantas razas de una misma especie y que en todo y por todas partes, los acrecentamientos humanos, nos ofrecen los caracteres de la mestización.»*

¡Oh, sí! yo me atrevo á aconsejar al Dr. Montalvo, y á los que como él piensan, y como él sostienen

la política del miedo, yo me atrevo á aconsejarles que prescindan un poco de su ardiente ódio á los mestizos,—que no les disputan todavía los puestos en los Cuerpos Colegisladores ni en las oficinas del Estado—en gracias de la paz moral y material de todos los que habitamos en este país de los cigarros y de demoledoras y aventuradas políticas; yo les aconsejo que acentúen más el sentido democrático y mantengan cariñosamente unidos á los oriundos de Europa y á los oriundos de Africa; yo les aconsejo algo más de política juiciosa y algo menos de fraseología hueca y declamatoria; yo les aconsejo que no mantengan pactos con los que propenden solamente á obtener votos y á sostener antiguos monopolios y privilegios; y yo les aconsejo, por último, que no alienten la esperanza villana de relegar al olvido á la raza negra, puesto que dicha raza, conocedora y partidaria del sentido jurídico de la democracia moderna, se halla resueltamente dispuesta á conquistar la misma superioridad material y política á que aspira la raza blanca criolla, y como ella, resueltamente dispuesta á alcanzar las condiciones sociales que la permitan intervenir en la suprema dirección de los negocios públicos, sin que la asusten *las tradiciones hondamente arraigadas en las costumbres* á que hace alusión el Sr. Becerra; ni la entibien las apreciaciones particularísimas del general Pando, á quien por otra parte, no le creo enemigo de los negros, y sí partidario de que *el que lleva un bozal*, sea blanco ó negro, *no merezca un derecho*, como dice Campoamor; ni le amedranten las heregías científicas; ni la aflijan las traiciones de aquellos que niegan á su abuela africana con abolengos misteriosos; ni menos la confundan, la altivez de aquellos abogados, que no obstante de llamarse abolicionistas y liberales, agitan y revuelven históricos expedientes, en representación de los ayer traficantes en carne humana, y husmean en la Intendencia, negros papeles de tan negros asuntos como los de la maldita trata.

Cuando yo oigo al Dr. Montalvo, que ha hecho bueno al Dr. Céspedes, cuando yo oigo decir al Doctor Montalvo que el elemento blanco criollo no debe dejar escapar de sus manos la dirección de los futuros des-

tinos de estas antillas españolas; cuando yo oigo decir al Dr. Montalvo tamañas heregías políticas, me hace el efecto mismo que cuando leo las obras de Saco, que sin duda, y á pesar de haber muerto en mi ciudad natal, la opulenta é industrial Barcelona, murió de espanto, de miedo á los negros; ¡los pobres negros! que, en su inmensa mayaria, no se han sublevado nunca contra España, como otros se han sublevado; y que como dice Labra en su obra de *La Colonización*, «cuando los blancos de Santo Domingo, esto es, los plantadores, se entregaron á los ingleses, conservaron la integridad del territorio francés, *en prueba de su adhesión, pero reclamando los derechos del hombre.*»

Pero yo podría decir al Dr. Montalvo: ¿es posible que la soberbia de blanco criollo, de blanco de la Colonia, os embriague hasta el punto de participar de las opiniones razistas de Saco? ¿Es posible que pretendáis estudiar los medios más seguros de que los blancos del país, los blancos de la Colonia, conserven siempre la superioridad política y no sea posible que nunca se escape de sus manos la suprema dirección de los negocios públicos?

¿Quién es el Dr. Montalvo para clasificar así al hombre, pues hombre es el negro? ¿Quién es el doctor Montalvo, para crear en Cuba una Zoataxia, en virtud de la cual, las diferencias del color, levanten, frente á frente de la Constitución del Reino, el profano, el absurdo privilegio de la epidermis? ¿Quién es el Dr. Montalvo, quién es el Dr. Céspedes, quién es el partido autonomista, para clavar así traidoramente, el puñal por la espalda á los negros, y dictar ese úkase ruso, de que *sólo pueden ser elementos progresivos los elementos blancos*?

¡Oh! eso no podrá suceder, sería absurdo que sucediese.

La idea del predominio de la raza blanca antillana, es una idea pequeña, pequeñísima, delante de al idea *¡Humanidad!* que guarda España, que guarda el mundo.

Poco importa sí, poco importa que el blanco criollo sea libre y ciudadano y dueño de los destinos de Cuba, si en cambio, el negro, que no tiene más porvenir

sino aliándose y siendo fiel á los gobiernos españoles si el negro tan ciudadano español *como su antiguo amo*, ha de ser libre en el nombre y siervo en el hecho; si el negro ha de olvidar su ideal de libertad; si no ha de redimirse para siempre; si su lealtad ha sido inútil; si ha de estar condenado á eterna servidumbre; si ha de ser permanente siervo de oligarquías altivas; si de despeñadero en despeñadero, ha de contemplar, hecha polvo, y con la sonrisa en los labios, á la clásica estátua de la libertad; si no ha de conocer jamás el misterioso secreto de los destinos de las antillas, secreto errante como la imaginación de Heredia, cantando á adorada estrella; si un indeferente escepticismo ha de devorar su alma; si la maldita preocupación, ha de sacudir sus nervios; si, en fin, ha de arrastrar la cadena, resignado, y ha estar condenado á un mundo distinto, encontrando, por doquier, pálidas sombras revolucionarias; desdenes en los partidos; ofertas en los tribunos; desaires en los cafés y fondas, donde se sienta un chino, un extranjero; promesas en los gobiernos; quizás... esperanzas... gratas esperanzas en el justiciero general Salamanca... pero hasta hoy... convertido en *condoltiero* de todos los ambiciosos, y herido por los que le persiguen, por los que le calumnian, por los que le rebajan, á fin de robarle su sudor, sus lágrimas, sus aplausos, su trabajo, su honor, su poco dinero, y hasta una piedra donde reclinar su cabeza.

La mayoría de los conservadores, esto es, los peninsulares, los blancos europeos, los blancos nacidos en la gloriosa tierra castellana, donde las mujeres negras no han concebido, donde las mujeres negras no se han cruzado con los blancos; los conservadores, los calificados de reaccionarios por el partido á que dice pertenece el Dr. Montalvo, no han dicho jamás; lo que ha dicho el citado Doctor; y no lo han dicho, porque consideran á los negros hombres como ellos, ciudadanos romo ellos, con iguales derechos como ellos y con idénticos deberes como ellos; y al tener los mismos derechos, y al tener los mismos deberes, no es quién el Dr. Montalvo, no es quién el partido autonomista, no es quién la raza blanca nacida en Cuba y Puerto-Rico, la facultada para intentar destruir

la inviolable personalidad del negro antillano, personalidad que rueda ya en la inmensa órbita de la Constitución del Reino, y que como ciudadano español también de Cuba y Puerto-Rico, según la circular (1) del señor Becerra, y aunque no lo digera, no lo proclamase, no lo reconociera el señor Becerra, como ciudadano español, goza de los mismos derechos y cumple con los mismos deberes que los demás ciudadanos Españoles, á quienes la Constitución del Reino, no separa por colores ni distingue por cabellos, como otros los distinguen y otros los separan.

VI.

No es exacto, pues, óigalo bien el Dr. Céspedes, no es exacto que la raza negra sea una raza inferior, ni ménos que ofrezca toda clase de peligros.

Lo que hay es, que en la inmensa mayoría de los negros, que derivan como los blancos de las mismas raices y ramificaciones de Adam, único hombre primitivo; en la inmensa mayoría de los negros, tan heridos en su dignidad, tan maltratados en sus sentimientos y tan abandonados en su educación, predominan las cualidades que arrancan de la pasividad, de la inactividad, del desórden ó paralísis de sus facultades intelectuales, aletargadas, y como aletargadas, impotentes; así como en el blanco predominan, prevalecen las que tocan á su ejercicio y desarrollo; y por eso á la constitución orgánica de las dos razas, corresponde una organización intelectual, que no implica diferencia, aunque sí marque distinción, dado *el estrujamiento insolente del hombre negro y de la naturaleza humana,* en esta sociedad esclavista hasta ayer, como tan gráficamente dice el notable publicista cubano en una de sus mejores y más estimadas obras.

Pero antes de entrar á recoger otros muchos errores del Dr. Céspedes, cuyas acusaciones de fiscal hacen reir á todos los hidalgos de las Antillas; antes de entrar á recoger ciertos consejos del Dr. Céspedes, he-

(1) Circular del Ministro de Ultramar á los Gobernadores Generales de Cuba y Puerto Rico, 18 de Enero de 1889.

rido de anestesia moral y *humedeciéndolo todo con sangre de mono,* bueno será que yo deje aquí consignadas las opiniones de grandes autoridades cientificas en favor del MONGENISMO, y en oposición abierta con la teoría poligenista, teoría que intenta reducirlo todo al estado de inmundicias.

He aquí el reconocimiento escrupuloso y detenido de los sabios á que aludo:

«Las especies (1) son inmutables.» «La perfección de los seres es ó llega á ser proporcional al grado de la elaboración del suelo sobre el cual ellos viven.» «El suelo es (2) en primer lugar, el que modifica á los hombres si estos cambian de terreno, ó el que conserva su tipo si estos no cambian.» «El hombre blanco vuélvese (3) negro ó vice-versa, segun el medio en que vive.» «Los cruzamientos hacen pasar al hombre negro (4) hasta el blanco, en el Norte, y al hombre blanco hasta el negro en el Mediodía.» «El negro (5) trasportado á Europa pierde siempre una parte de su pigmentum (colorido) *cùya pérdida aumenta de generación en generación.» «El (6) negro criollo, pierde su color de ébano para tomar el bronceado, mientras el inglés pierde los colores blanquisimos de su piel en la India por las proporciones de los rayos químicos ó actínicos en la luz.» «Los hombres todos son unos (7) mestizos divididos en cierto número de razas, que conservan por la herencia y por la acción de los medios su tipo característico y forman una especie única.» «Las (8) razas humanas son las formas de una raza única, las cuales se aparejan permaneciendo fecundas, y se perpetúan por la generación. Ellas no son la especie de un género porque si lo fueran, cruzándose, volveríanse estériles.» «El (9) estudio, el solo estudio del esqueleto humano muestra la unidad de*

(1) Alejandro de Humboldt, Cosmos-tomo I.
(2) Serres.-Informes á la Academia de Ciencias.-tomo XXX.
(3) Muller.-Fisiología del hombre.-tomo II,
(4) Saint-Hilaire.-Estudios de Historia Natural.-tomo V.
(5) De Quatrefages.-Unidad de la especie humana.—tomo I.
(6) Abate Moigno.-Esplendores de la fé.—tomo II.
(7) Canssette.—El Buen Sentido,—Parte Segunda.
(8) Buffon.—Historia Natural.—tomo XIV.
(9) Monseñor Moignou.—El Hombre Primítivo.—tomo III.

las razas humanas.» El órden de los bimanos (1) no se compone más que de un solo género formado á su vez, por una especie única.»

Hasta aquí los profundos pensadores que admiten tan generosas, tan generosísimas doctrinas: doctrinas que elevan la dignidad del ser humano en su peregrinación sobre la tierra, y le ofrecen después, las más consoladoras esperanzas en los umbrales de la muerte, cuando todo cesa, cuando todo acaba en cuanto al cuerpo vuelto al polvo.

Lo he dicho ya: y no por qué el hombre negro pueda elevarse al primer rango de la sociedad civil y mantener en ella su puesto tambien como cualquiera europeo de orígen, diré yo, que el destino del negro es llegar á ser un Brindis de Salas ó un Alejandro Dumas. Pues tampoco el destino del hombre blanco es llegar á ser un Molke, un Bálmes, un Castelar, ni un Cánovas.

Como de igual modo, en este país de los cigarros, no todos son Labras y Montoros.

Las grandes ilustraciones no abundan en esta isla, que según el poeta, *nada envidia á ninguna extraña tierra;* no abundan, como abundar pueden los mangos, los mameyes, los oradores callejeros, y los críticos aficionados á lo extranjero.

Ni son muchos los blancos, los que con toda exactitud y segun los principios de la física pudiéramos llamar verdaderos hombres de color, los que conocen el alfabeto, el organismo silábico del pensamiento, las altas ideas metafísicas, las síntesis filosóficas, y los grandes heehos sociales; antes al contrario, y emplearé la palabra gráfica: muchos, muchísimos hombres de color, y digo de color, en razón de que el color blanco, el más claro de todos, entraña los siete colores del espectro solar, es todo luz, mientras que el color negro si bien recibe la luz, no hace reflexión de ella; muchísimos hombres de color, están reñidos con la gramática, divorciados, por entero, del idioma de Castilla, en pugna abierta con el libro.

(1) Cauchy.—Memorias.—tomo III.

¿Acaso tendrá más instrucción el rudo guajiro de Vuelta-Abajo, que el rudo moreno de los ingenios? Sabrá más de la historia de su pais el montuno de Baracoa, que el antiguo esclavo de los cafetales de Guantánamo?

Pues he aquí una de las palinodias que canta el Dr. Céspedes; quien si bien echa en cara, como decirse suele, echa en cara á la raza negra su gran retroceso, retroceso del que por otra parte, no es ella la responsable, reconoce al mismo tiempo y de buen grado que, en identidad de ignorancia se encuentran la mayoría de los blancos que habitan en el interior de la Isla, aunque otra cosa haya dicho *El Criollo* con su galería de mártires y de héroes, y otra cosa piense *La Gaceta de los Crímenes*, he dicho mal, *La Lucha*, convertida en condontiera de *Cuba Irredenta*, y viendo en cualquier médico un Lallemand, en cualquier poeta un Nuñez de Arce, en cualquier autor bufo un Sardou, en cualquier emborronador de cuartillas un Albareda, en cualquier trepador de tribunas un Gambeta, en cualquier hinchado un Menendez Pelayo, y en muchos pedantes.... eminencias que han aprendido en enciclopedias, para así retener las ideas agenas, no tener sueño, copiar del francés y del italiano, decir hermosos secretos, y oponer argumentos *ad-hominen*, á la verdad histórica ¡verdad tan crucificada por los que *avisan á Julieta antes de acostarse*! que la pobre verdad tiene ya que rezar un padre nuestro por el alma de tanto político en cartulina y de tanto sábio de diccionario y papel pintado.

«*Dos terceras partes*, dice el Dr. Céspedes, *dos terceras partes de los habitantes de la Isla de Cuba ni saben leer ni escribir; y hay regiones que viven todavía en la época de la conquista.*»

No diría más, ninguno de los que somos calificados de jesuitas y conservadores rancios.

Afirmación tan absoluta, hace del Dr. Céspedes, dormido al borde oscuro del abismo; abandonando á la heróica raza de sus padres; interrumpiendo la historia de sus hazañas; ufano con su falsa ciencia de academia; concediendo carta de naturaleza al poder revolucionario decaido; midienda la inmensa pesadumbre de esta Colonia tan trabajada por el sentimiento sepa-

ratista, y no dando fé sino á lo que puede tocar y cortar con su escalpelo, hace del Dr. Céspedes repito, *un Lorenzo que acepta con toda voluntad y cumple todo lo que ordena la ciencia del mismo Luzbel.*

Pero no nos apartemos del debate, en estos instantes *en que la sangre se hiela.*

VII.

Los genios son contados en cada siglo y en cada generación. Cuando llega para nuestra gloria ó para nuestra desgracia la hora y la señal de la prueba, blancos y negros contestan de igual manera; y no se encuentra ni en el heroismo, ni en el talento, diferencia alguna entre el blanco y el negro, porque negro y blanco constituyen la gran familia humana, y el linaje humano tiene una misma organización de la piel, forma una especie única, á pesar de que en esta especie existan razas diversas y distintas, con una larga série de modificaciones de colores, ó conjunto de individuos semejantes, trasmitiendo, por vía de generación, los caracteres constantes de una variedad primitiva.

El génio, es un destello de Dios, forjado fuertemente desde los principios de los tiempos, aún antes de que los tiempos fuesen.

¿Lo duda el Dr. Céspedes? Sabido es que el ilustre Dumas hijo, ese mulato, *y no híbrido*, aunque otra cosa diga el Sr. Zambrana,—porque *híbrido* es el ser producido por el acrecentamiento individual de especies diferentes, y *mestizo ó mulato*, es el ser producido por la multiplicación de individuos de diferentes razas pero esencialmente de una sola y misma especie:—sabido es, repito, que el ilustre Dumas, hijo, siente latir en sus venas la vigorosa sangre de los descendientes de Chhanaam y de Mizraim, aplastados todavía bajo el peso de la maldición del Dios del Sinai; inundando ayer el valle del Nilo con los egipcios; viviendo mezclados con los asirios y babilonios en la Caldea; poblando el suelo de la India en los primitivos tiempos de la historia de la humanidad; fundando colonias con los Cananeos y fenicios; fijando el orígen de la civilización europea en

las aguas del mediterráneo mar; y mostrando por las capas más antiguas que la emigración (1) ha venido paulatinamente, no del Asia Superior, sino de su región meridional: pues bien, Dumas, oriundo de esa región encantadora llamada *Africa*, ayer cuna de la civilización, y hoy por esas grandes catástrofes del mundo moral, en que se cambia el sentido general humano, vasto sudario de esclavos entre orlas de jardines y caudalosos rios que simulan cintas de plata: Dumas, originario de aquel continente que se disputan Alemania é Inglaterrra, y que cierra sus puertas á la civilización, cuando todos los pueblos, hasta la Dhina y el Japón se la abren: Dumas en una palabra, ha probado á los soberbios oligarcas de las colonias esclavistas, á las inteligencias oscurecidas por el error, á los espíritus cegados por la preocupación, Dumas ha aprobado que cuando el ser humano se educa y se instruye, es capaz de elevarse á las altas regiones de lo ideal, capaz de levantar los ojos al infinito, y capaz de penetrar en la augusta mansión del Génio que todo lo avasalla; mansión donde moran los grandes espíritus de los santos, de los mártires, de los sábios, de los artistas, de los héroes, y de las virtudes, almas privilegiadas, que acá en el planeta tierra, unas veces ostentaron en su atavismo, níveas formas, azules ojos, delgados labios, rubios y sedosísimos cabellos, ú otras, bronceada tez, ojos negros como la noche, esculturales formas, mil secretos del arte egipcio, el arte madre, y *bucles rizados por candente lava.*

Yo no he traido, señor doctor, esta cuestión, por el mero capricho de traerla, como decirse suele, no. Pero todas las fases que usted ha recorrido en su notable obra, si notabilidad cabe en lo que produce escándalo hasta en los libertinos y despierta el rubor en las mejillas de un sargento de coraceros; todas las fases de su notable obra, consagran el privilegio del color; niegan lo que sostiene Edwards, esto es, que el orden de los bimanos no se compone más que de un solo género, formado á su vez, por una especie única; suponen á todas las mulatas capaces de vender las más vergonzosas caricias por un puñado de oro; y faltan á las verdades

(1) Vogt. Revista de los Cursos Públicos.

fundamentales del Génesis, verdades santas que no se han atrevido á negar los más osados revolucionarios, ni á desmentir los más reputados corifeos del aborrecible y odioso materialismo:

Por otra parte, ante el voto de censura que á la raza negra depara, nada menos que un médico distinguido, y á más de distinguido, libre-pensador, como decir, un discípulo de Don Pepe, de Saco, y del mismo Satanás; ante el voto de censura del que pasa decididamente por encima de la fé: ante el voto de censura del que considera á los insurrectos como héroes y mártires, la fórmula más sábia, la de Govin; los elementos más funestos, los españoles europeos; la más portentosa tragedia, la de Agramonte; la más artística historia, la de Céspedes; la palabra más elocuente, la de Zambrana; el ideal plástico, Figueroa; lo más fenomenal, Saladrigas, ex-coronel de voluntarios *sin derramar sangre*, y lo más serio, Galvez, antiguo dueño de esclavos: ante el voto de censura, que á la raza negra deparase por el que predica la igualdad á los esclavos de ayer, con condición de que esos siervos del pasado *coman el negro potaje de Esparta* ¿cómo concebir que los que tenemos un hermosísimo ideal democrático venimos de la democracia, estamos en la democracia y vamos á la democracia cristiana, á la libertad con Dios, cómo concebir, repito, que nos condenemos al silencio, al silencio que sería interpretado en estos momentos por la impotencia y el miedo vil y pérfido?

Hay otra consideración. Pocos, muy pocos son hoy los hombres negros que han recibido una enseñanza europea superior, ni aun primaria. Pues si bien *los fantis* y los *archantis*, es decir, las tribus más atrasadas del Africa tienen leyes, artes, ciudades, un culto y por consiguiente una civilización elemental, como sostiene en sus memorias el reverendo misionero Lieberman; si bien los negros *Basoütos* tienen una literatura propia, ó cuando ménos, ciertos rudimentos poéticos creidos dignos de ser vertidos al francés, segun sostiene el erudito Cazales, es indudable de todo punto, que la mayoría de los descendientes de Chaam, no viven, vegetan en la barbarie allá en los arenales de aquella colosal naturaleza africana, en los espesísimos bosques

del Congo y de la Guinea de gigantes palmas y caobas magestuosas; entregados á la caza; adorando al fetiche; sin noción de justicia; sin ley; sin civilización; «*por alimento los dátiles de sus palmeras; por compañeros los tígres y los leones;*» y sumidos á la voluntad de tiránicos é imbéciles reyezuelos, dueños de sus almas y de sus cuerpos: infame servidumbre, por cuya supresión no se han levantado más voces, hasta ahora, que la de Su Santidad el Papa Leon XIII, la del anti-esclavista y Eminentísimo cardenal *Lavigerie,* y la del Rey Leopoldo de Bélgica, bastante humanos para recordar los tres el gran crímen de la trata, determinar el sentido en que el progreso debe ser aceptado, desvanecer ciertas impresiones injustas de las potencias coloniales, y convocar internacional congreso que concluya con la esclavitud de millones de seres, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, miembros de la especie zoológica única, y acreedores á ser ungidos con el óleo santo de ese Dios que levantó al esclavo de su miseria y hasta en las construcciones léxicas de las tres lenguas de las tres razas principales ó primitivas, jafetica, semitica y cainaca, muestra que el hombre, su creación la más maravillosa, no se remonta á una especie desconocida, ni se ha modificado en diversas direcciones, sino que ha sido hecho á imágen y semejanza suya.

No culpe, pues, el Dr. Céspedes, no culpe de refractaria del progreso á la raza que no ha abierto el alfabeto hasta 1878; á la raza que aun vé fresca la tinta con que se ha escrito la palabra *Libertad*; á la raza que no protesta de su pasada humillación; á la raza que no guarda rencor á sus antiguos dominadores, á aquellos que llamaban inmensa infamia al Patronato, por más que no renunciaran á sus patrocinados; á la raza que aun sanciona de buena fé, con sus aplausos y sus lágrimas, todas las seducciones, los nuevos amores de sus antiguos y más encarnizados enemigos; á la raza en fin, que se entusiasma, y llora, y da el *si* á los Chomat y Giralt, Tenorios políticos que sin ser negros, y debiendo apartarse de las filas del autonomismo, para en cambio, fundar en Cuba un vigoroso partido democrático nacional, muestran un negrofilismo *ex-pro-*

fezo, reclaman inmigración blanca y recojen votos para Govín, no; culpe á quienes quiera, culpe al pasado, culpe á los tiempos que fueron, culpe á los viejos hombres de gobierno resistiéndose á aceptar el aforismo de Lianeo: *el semejante engendra á su semejante*; culpe á las preocupaciones de los que sostienen la unidad genérica y las evoluciones sucesivas; culpe al miedo de los que sospechan *siendo los sospechosos*, culpe á los míseros mortales que se levantan en su soberbia, hasta el cielo, sin temor á la cólera divina; pero no culpe ¡vive Dios! no culpe al negro de su casta ignorancia, ni de que todavía se pierda su personalidad, como nube de aroma, en los espacios del Derecho.

VIII Y ULTIMO.

Contemple, sí, contemple el Dr. Céspedes la tribuna del Senado de Washington, conmoviéndose bajo el peso de la palabra de fuego, sublime, arrebatadora del negro Trederich Douglass, ampliando el derecho igualitario de seis millones de débiles, de postrados sin poder moverse, y sepultando lo antiguo, lo que se desmorona, lo que aún jura, por su honor, no levantar el nivel moral de *la raza calificada de ignorantísima.*

Contemple la imprenta periódica negra norte-americana, á cuyo frente se encuentra el ilustre Thomás Fortune, borrando las deshonrosas manchas que imprimió en su raza la esclavitud, ¡la esclavitud! que se creía eterna porque amontonaba el oro, y bastante osada hoy, para intentar renacer de sus cenizas y dar lugar *á colisiones sangrientas y repetidas.*

Contemple á Víctor Cochinat, el periodista de imaginación ardiente, dando luz á los entendimientos descarriados, y descifrando el secreto de todas las oligarquías, lo mismo las de la Universidad que las de la Bolsa.

Contemple á Eduardo Wilmot Blyden, poseyendo idiomas varios y abogando por las manifestaciones pacíficas de las clases trabajadoras y mercantiles, á fin de que estas honradas clases sean los nuevos Mesías de la moderna Africa.

Contemple al célebre negro Linette Goeffroy, nombrado en el siglo último, correspondiente de la Academia de París, y á quien Voltaire *pide indulgencia.*

Contemple al esclavo de Murillo, ayudando al artista sevillano, su maestro, ayudándole á trasladar al lienzo, la figura de la prodigiosa mujer, bendita entre todas las mujeres, la purísima madre de Dios Vivo, calzada de la luna, coronada por brillantes estrellas y rodeada de angeles y querubes en posesión de todo lo ignorado.

Contemple á Guidissart, el célebre cirujano de la marina francesa, llenando las páginas de su patria historia.

Contemple á Secundino Arango, el primero que comprendió en Cuba las notas del pentágrama, las reglas de la armonía, y la universalidad de la música, ¡la música! divino arte que allá en el cielo cultivan los serafines y las vírgenes, de rodillas ante el Dios del Sinay y del Golgotha.

Contemple á Plácido, que bastara su *Plegaria á Dios* para que ocupe un lugar preferente entre los grandes poetas, y con una especie de piedad, le perdone Menendez Pelayo el que no sea maestro en las graves cuestiones del arte y del estilo, si en cambio reune la cualidad característica de los genios extraordinarios: la inspiración avasallándolo todo y la originalidad confundiendo á los necios.

Contemple á Santiago Perez brotando luz de las sombras; y á Miguel Gualba *pidiendo cuentas á voz en grito*; jóvenes que sin olvidar un instante que son cubanos y se pertenecen á Cuba, rompen las trabas con que los ligara la espantosa visión......... y la retan á *lid campal, hierro á hierro.*

Contemple al mulato Heredia escalando el ministerio de Agricultura de la Francia republicana, ¡la Francia! hoy esclava de todos los apetitos de imbéciles turbas.

Contemple al negro Juan Latino, profesor de gramática y retórica en la famosa Universidad de Granada, la ciudad de los azahares y de las serenatas á la hora de la media noche; ¡Juan Latino! despertando la

admiración de los sábios de su época con sus profundas poesías escritas en Romana lengua.

Contemple á Juan Gualberto Gómez reconocido y proclamado como una gloria cubana, como una gloria española que no se discute, aunque la discuta *El País* y aunque la discutan Montoro y Govín.

Contemple á Miguel Morúa uno de los periodistas más característicos y originales de nuestros tiempos, y escribiéndolo todo en dos rasgos de pluma.

Contemple á Zaragoza, demasiado europeo para haber nacido en cubano suelo, y tener tanto conocimiento de los hombres y de las cosas.

Contemple á Flores, dando á la imprenta páginas hermosas que no dudarían en firmar Pérez Galdós y el Padre Sardá.

Contemple á Lico Jiménez, elevándose á su tiempo y armado de arte hasta los dientes, relampagueante, hercúleo, interpretar fielmente á Bethoven, Mozart, Rossini y Verdi.

Contemple á Florentino V. Bazantes, que ha acertado, con su palabra maravillosa, y con los celestes colores de su fantasía, ha acertado á establecer una línea divisoria entre la autonomía y los derechos de su raza, entre España y la reacción.

Contemple á Pablo A. Casares, el popular y sencillo orador, cuyo lema es *España y Libertad*, lema que le lleva, sin vacilar un instante, á deducir que nada importa á los negros que la autonomía cuaje en la realidad, si ellos no han de gozar de libertades y han de continuar condenados á un mundo distinto.

Contemple al general Legitime, actual Presidente de Haití, que con la mayor popularidad engendra patriotismo en todos los patriotas de su República; con la rudeza del soldado y la finura del diplomático, por feliz inspiración recoje en presencia del ejército la antigua autoridad y el antiguo prestigio de Touissant-Louverture, mandando al través de los mares, en las chispas de la electricidad, palabras de afecto y entusiasmo á los gobiernos extranjeros; y con una política á la vez enérgica y de conciliación, calma las pasiones en vez de exacerbarlas.

Contemple á la reina de las Islas Sanwich, á la

hermosa princesa que aún continúa su larga excursión por las córtes civilizadas de Europa, á *Hervila Kekauluoki, sœur du roi*, belleza africana, de cabellos ligeramente ensortijados, de frente espaciosísima, de ojos negros y brillantes como la noche, de nariz recta y fina, de labios delgados, de líneas correctísimas, de formas esculturales, de seno de conmovedora morbidez, y educada como una Grande de España; á *Hervila*, que sabe amar, y en su grande amor á todas las grandes ideas y á todos los grandes sentimientos, ha sido la Juana de Arco de un pueblo radiante en fantasías; á *Hervila*, Isis negra que tiene alas, y se remonta al cielo de los cristianos, logrando que cedan las ciegas resistencias, las supersticiones añejas, los viejos y gastados ídolos, los temores y recelos increibles; á *Hervila*, ayer en Washington, donde Mr. Cleveland y su señora la visitan cortesmente; luego en Londres, donde acompaña á la virtuosa Victoria I á la abadía de Wesminter; y después en París, en cuyos boulevares dibuja los centelleantes resplandores de sus encantos y de su hermosura; á *Hervila*, en fin, que con su alma, siempre absorta, extiende la luz y continúa la paz en sus pequeños Estados.

Contemple á esa ilustre pléyade de mestizos de la América del Sur, que si bien niegan á sus madres negras, para figurar en el censo de los blancos, brillan como soles, en el cielo del foro y de la política.

Contemple á Pastor Veitia, que de negro esclavo, y *sin saber leer ni escribir*, renuncia á su oficio de repostero, corre á Méjico, aprende el arte de *pedicuro*, y con sus navajas entre los dedos y los juanetes y las uñas, libra al paciente de incómodas excrecencias, obligando á que los generales, admirados de su habilidad, adornen su pecho con cruces y su brazo de estrellas

Contemple los principales periódicos de la Martinica, Haití, Georgia. las dos Carolinas. New-Orleans, Jamaica y Venezuela, redactados por negros y mulatos, que no se avergüenzan de su origen y que en presencia del cadáver de la preocupación que se descompone, abogan, con sin igual denuedo, por todas las

maravillosas aspiraciones democráticas de nuestro gigante siglo XIX.

Contemple á esa aristocracia mulata de Rio-Janeiro, absorviéndo en sí el estudio del derecho y de la medicina, é influyendo prodigiosamente sobre el ánimo de la ilustre princesa Regente Isabel de Braganza, y de sú sábio y nunca bien ponderado padre, el Emperador Don Pedro II, justos, justísimos, al macerar el cuerpo robusto de la esclavitud del Brasil y restañar la herida abierta en el pecho de la africana raza.

Contemple al gran dramaturgo, al gran poeta, cuya gloria, desde los mundos de purísima luz, cantan Racine y Corneille, á la vez, que Amores, Gracias y Musas recojen el perfume de sus versos; ¡Alejandro Dumas! el nieto de una negra, el poeta que puede colocarse en los cielos del arte al lado de Moliére y de Sardou; el poeta que estrecha contra su corazón, amante de todo lo grande y de todo lo bello, á Margarita Gauthier, *la Dama de las Camelias*, y la regenera, y la hace capaz de saber amar, y saber morir, entre flores, olvidándose de la tísis y del hastío, con toda la grandeza extraordinaria de la santa, la arrepentida y hermosa Magdalena del Evangelio.

Contemple por último, como sostiene con su ingenieso estilo, el Sr. Granados, contemple á «la sufrida raza que ha dado guerreros como Pueyo, músicos como Whyte, pintores como Waldo Gomez, escritores como Rardell, oradores como Quesada, críticos como Echemendía, calígrafos como Silveira, publicistas como Manso, heroes á Santo Domingo. astronomos á Francia, diplomáticos á la Unión Americana, políticos á Haiti, gobernantes á Liberia, marinos á Portugal, soldados y artistas á España, trabajadores al mundo entero.»

Y sobre todo y más que todo, no hable tan mal de Africa, que tanta influencia ejerció, por Egipto y por los árabes, en la antigua y moderna civilización. Negros fueron la mayor parte de aquellos almoravides tan temibles como el primer sacudimiento de un huracan, que conquistaron lo mismo á los de su religión que á los cristianos. Negros la mayor parte de aquellos almohades ó unitarios que hicieron surgir la gran civilización mahometana española, despues de haber

hollado los altos picos de Sierra Morena. Negros muchos de los sábios de la gran academia cordobesa. Negros los del romance morisco y los que filigranaron las columnas de San Juan de los Reyes. Y nada de estraño tiene que negros fuesen los autores de la Numeración, ¡prodigioso invento! que en opinión de ilustrado militar y cariñoso amigo mio, *dió al hombre que es lo finito, espacio para escalar lo infinito, hasta lo inconcebible*; que negros fuesen los que tan sábiamente distribuyeron las aguas en Murcia y en Granada; que negros fuesen los agricultores de Valencia y Cartagena; que negros fuesen muchos de los matemáticos árabes, verdaderos creadores de las ciencias exactas; y que negros fuesen aquellos incomparables artistas que levantaron esos tesoros del arte, esos encajes de piedra de mil primores, en cada línea, en cada rasgo, que se conocen con el nombre de la Alhambra de Granada, la Giralda de Sevilla, y la grande Aljama, hoy Catedral de Córdoba, monumentos en toda su pureza árabe, doblándose bajo el peso de las auras, y dejando absortos á los touristas ¡pobres viajeros! que hastiados de gótico purísimo y de leyendas históricas, sólo se fijan en Andalucía al pasear por España. ¡Andalucía! tierra del prodigio y del amor, tierra que cubre de una tristeza infinita nuestra alma al dejarnos escuchar sus *seguidillas gitanas* y *su canto hondo*, y tierra, en fin, cuyos divinos ecos ó inmortales y desgarradoras elegías......... al Africa recuerdan.

Tales son, los hombres negros, tan injustamente vilipendiados por el Dr. Céspedes.

Pero el libro del citado doctor no ha sido inútil; el notable libro *La Prostitución* que le han inspirado, ha dejado su huella en la mayoría de una raza, y sembrado muchas ideas que han germinado en las almas, en los corazones de la juventud negra, llena de una voluntad única y de una fé profunda, juventud que después de haber leido y meditado las obras de Saco que en el tomo II pág. 41 dice:

«No lo niego, no, cierto y muy cierto es, que deseo *ardientemente*, no por medios violentos y revolucionarios, sino templados y pacíficos, la *disminución*, la *extinción*, si posible fuera de la raza negra.»

Y en el tomo I pág. 225 dice:

«Si en Cuba hay una humanidad *negra*, también hay otra humanidad *blanca*, muy superior á la primera por muchos títulos sociales, y por lo mismo más digna de la vida y bien estar.»

Y en el mismo tomo II, pág. 226 y 227 tratando del grave asunto de la inmigración dice:

«Cerrando las puertas á nuevas introducciones de negros, quedan abiertas para los blancos, y con ellos, al paso que aumentaremos el número de nuestros amigos, *disminuiremos el de nuestros enemigos.*»

La juventud negra, añado, después de haber leido las obras de Saco, y de haber leido aquel discurso pronunciado en el Senado por el difunto y bondádoso Güell y Renté en Marzo de 1882, quien entre otras cosas decia:

«Pues bien; yo quiero imitar á ese conde de Aranda; y sobre todo, ahora que los tiempos son otros y más difíciles, cuando 700,000 negros de Cuba, libres de todo patrocinio, quedarán ántes de seis años dueños absolutos de su albedrío; cuando me llaman la atención 3.500,000 negros ciudadanos libres en el Norte América, y cuando veo nubes tan negras en el horizonte, que me llenan de temor, todo eso me hace pensar en la autonomía; para que no se rompa la unidad santa que debe existir entre la madre y la hija; y si no se toman medidas rápidas y prontas, verá S. S. amontonarse las tempestades que he anunciado, y surjir las luchas terribles que ¡quién sabe en lo que vendrán á parar! y yo quiero que no se realicen nunca;»

....

la juventud negra, repito, que tiene hambre de libertades, hambre de justicia, hambre de reivindicaciones, no provocará el desórden, no provocará el tumulto, no se lanzará á la plaza pública, pero en cambio vuelve de una vez y para siempre, vuelve la espalda á los sofistas que alardearon de abolicionistas por recurso político y quizá oratorio; que tratándose de la igualdad civil y política contestan siempre con la engañosa palabra *mañana*, *mañana* y *mañana*, y asustándose de la ampliación del censo electoral, creén y admiten con su maestro que «*entre los alaridos* y las cadenas de la escla-

vitud, bien pueden levantarse altares, y rendir adoraciones á la libertad.»

El Dr. Céspedes vé ya claramente porqué rechazo el ideal autonomista; pero acabaré de ampliar mi pensamiento, reproduciendo aquí uno de los períodos más brillantes de las notables cartas que en el periódico *El Progreso*, de Matanzas, publicó el notable poeta negro Sr. de Echemendía y que son éstos:

«Mi corazón honrado y africano me hace comprender que el deseo de mis compatriotas, al pedir inmigración exclusivamente europea, encierra la idea de poblar esta tierra de muchos españoles, no para españolizarla, sino para que produzca muchos *Bembetas*, muchos Agramontes y muchos Honoratos del Castillo, que no siendo irlandeses ni venecianos, maldicen de España en sonora habla castellana. Con la autonomía implantada aquí, con una generación de héroes como los que acabo de nombrar y desaparecido el ESPECTRO NEGRO, ¿qué porvenir le aguarda á España en América? Casi sin disparar un tiro, estaba conseguido EL TODO y realizado el sueño de oro de los discípulos del, apesar de todo, insigne José Antonio Saco. Además, y esto es muy importante, puesto que el dinero es el alma de todas las empresas, cuando los autonomistas consideren que ha llegado el momento de OBRAR, contarán con grandes recursos, pues estarán en posesión de los capitales que sus padres, españoles, están acumulando hoy, y que irremisiblemente, irán á manos de sus hijos, que serán los autonomistas, los independientes de mañana. Si el talento privilegiado de los cubanos no estuviera ya universalmente reconocido, el plan político que tienen concebido para su país, bastaría para acreditarlos como hombres de agudísimo ingenio; solo que para realizar ese plan tienen en contra, entre otras cosas, la gran viveza de su imaginación, que los hace ser impacientes, y como impacientes, poco reservados. Lo dicho no encierra una miserable delación, sino una CONVICCIÓN que abrigo, y que hago publica, porque escribo de buena-fé y no tengo ningún interés en ocultar, ni menos en disfrazar lo que pienso. Si España quiere PROLONGAR su dominio en Cuba, que procure prolongar también la existencia de la raza ne-

gra en esta Isla. Nosotros constituimos la espada de Damocles que pende sobre las cabezas de nuestros compatriotas; asi se explica su empeño en hacernos desaparecer del suelo cubano, tan suyo como nuestro. Mis conciudadanos no quieren inmigración africana porque TRAERÀ JUNTO CON SUS ESTÚPIDAS SUPERSTICIONES, LAS DEGRADANTES SUCIEDADES DE SUS HÁBITOS, MAS SUCIOS AÚN QUE SU PIEL INMUNDA.» Lo subrayado y colocado entre comillas, no lo ha dicho ningún conservador; ni siquiera ningún europeo; eso lo ha dicho un periódico CUBANO de los que aseguran también que LOS CUBANOS SE HAN ARRUINADO POR LA FELICIDAD DE LOS NEGROS (¿?) Tomen de ello nota aquellos de mís hermanos que adormecidos por la belleza de ciertás teorías y alucinados por el brillo y la sonoridad de ciertas palabras olvidan la rudeza de la práctica de sus apóstoles, y también que nada significan los programas liberales cuando no son liberales los hombres llamados á ponerlos en planta; y tengan presente al mismo tiempo que nuestros compatriotas ven en nosotros un obstáculo para el progreso y para la civilización de Cuba; por eso se esfuerzan y se coaligan para hacernos desaparecer de esta tierra, que debe á nuestro sudor y á nuestra sangre cuanto vale y cuanto significa.

Hoy causa gusto oirlos: ninguno dió ni autorizó castigo alguno en sus fincas; todos aseguran que fueron tan justos y tan benévolos con nosotros, que más que *amos*, eran *padres* de sus esclavos; que *otros* y no ellos son los responsables y los causantes de nuestros sufrimientos. ¡Y todo eso lo aseguran cuando aun humea el cadáver de la diabólica institución; cuando existimos todavía los que fuimos víctimas de su codicia, por no decir otra cosa, y sabemos, por lo mismo, quienes son los verdaderos culpables de nuestras desgracias, de las desgracias de la familia negra en Cuba! Pero todo eso lo dicen prevalidos, tal vez, de que en esta pobre sociedad de siervos no *habría* ninguno que se atreviese á dar dos pasos al frente para levantar la voz y colocar la verdad en su lugar.

La única razón que pudieran aducir mis compatriotas que pudiera tambien justificar su recelo de no

introducir aquí otra raza que la blanca, sería el temor más aparente que real, á las *revueltas* sociales que la confusión de razas pudiera acarrear; pero ese temor, caso de existir, desaparece desde el momento en que mis paisanos recuerden que hace cerca de *cuatro siglos* que tenemos esa misma confusión, sin que Cuba haya tenido que lamentar sucesos que con frecuencia se han repetido en otros paises de población homogénea.

Y no me citen esa especie de *motines* que tenian lugar en nuestras fincas azucareras, porque dichos *motines* no tuvieron nunca ninguna mira ni significación política; fueron *camorras* puramente *locales*, hijas de los abusos de los administradores y de las brutalidades de los mayorales sobre las infelices *dotaciones* de los *inolvidables* ingenios; ni me hablen tampoco de la llamada «*Conspiración de* 1844,» porque hoy todo el mundo está convencido de que esa *conspiración* no existió nada más que en la imaginación de unos cuantos malvados que siempre vieron con dolor y envidia á la vez el desarrollo robusto que, *en todos sentidos*, iban teniendo en esta Isla los hombres de color; hoy nadie ignora que aquella imaginaria conspiración fué obra de los que durante largos años, han venido manteniendo, hasta contra la evidencia de los hechos, que el mejor combustible para la guerra de razas en Cuba, está hacinado en la ilustración de los negros; obra de los que desde tiempo inmemorial han venido buscando los medios de aniquilarnos; á esos les convenia que el Gobierno prestase oidos á sus calumniosas denuncias, porque así se les facilitaba el camino para deshonrar á nuestras mujeres, convirtiéndolas en *torpes esclavas del placer y del deleite*, y para envilecer á nuestros hombres; para hacer fusilar, azotar y deportar á INOCENTES que les hacian sombra ó les servían de estorbo para realizar fines inícuos, para so pretesto de supuesto delito, enriquecerse con el fruto de nuestros ahorros, de nuestra economía, é influir para que el Gobierno embargase é incautase bienes que, ménos afortunados que otros, no habríamos de recuperar jamás......»

Ilustre pensador refiriéndose á lo que tenemos los españoles de raza sintética, á lo henchidas que están nuestras venas por la sangre árabe, por la sangre afri-

cana; a las ideas africanas que encierra nuestro idioma nuestra literatura y hasta nuestra conciencia, ha dicho: «Las razas del Norte serán en Africa eternamente extranjeras; pero el hijo del desierto verá en la téz morena, en los ojos negros y centelleantes del heróico soldado español, *los rasgos de un hermano.* Las demás razas podrán conquistar el Africa como los ingleses han conquistado la India, como los franceses han conquistado la Argelia, por el exterminio; nosotros podemos conquistar al Africa por *la asimilación de razas.»*

Tambien Michelet, el gran Michelet, pinta al Africa y describe á la mujer negra, con esta variedad de tonos y matices que le han valido los aplausos generales de las manos más inactivas.

«Africa, dice, es una mujer. Sus razas son razas mujeres. La revelación del Africa para la raza roja del Egipto, es el reinado de la gran Isis. (Osiris es secundaria.) En muchas tribus negras del Africa Central reinan las mujeres. Son tan inteligentes como amables. La negra posee un encanto de suavé juventud, que no tuvo la belleza griega, creada por la gimnasia y siempre un poco más civilizada. Sus formas bellísimas son de una conmovedora morbidez y de elástica frescura. En Haití, conviertese en verdadera mujer negra, de naríz recta y fina, de labios delgados; hasta los cabellos se modifican. El Africa no tuvo más que la Isis roja: la América tendrá la Isis negra, un abrasador *genio hembra,* para fecundar la naturaleza y PARA REANIMAR LAS RAZAS AGOTADAS.»

Hasta aquí Michelet.

Pero ningun escritor, sino el Príncipe de la palabra, el rey de la tribuna moderna, describe mejor al Africa, como decir, á la cuna de los negros, tan odiados por la sana ortodoxia darwinista.

Escuche el doctor Céspedes, escuche como piensa el orador primero de este siglo que ya acaba; como piensa el incomparable Castelar, el publicista que no se sabe qué admirar más en él, si su pluma de brillante ó su palabra de oro constituyendo la elocuencia: el orador insigne, que al analizar el espíritu mercantil del fenicio, el egoismo del cartaginés, el refinamiento del griego, la cultura del romano, el barbarismo del

godo, y lo caballeresco y pendenciero del árabe, muestra todas sus simpatías, admiración toda por este último, y por su raza de sabios, de héroes y de artistas, estrecha la tierra para contener la fama de su nombre.

Más dejemos que el cisne español muestre concertado el movimiento de esa raza, eterna fuente de la inspiración, del valor y de la poesía, y séame permitido dar fin á este librito más extenso de lo que yo hubiera querido.

¡Dr. Céspedes! Leed y avergonzaos:

«¿Qué es el Africa? un desierto, un sepulcro, la soledad, la ruina, el abandono, la barbarie; y sin embargo, el Africa ha sido la sintesis de los dos continentes. Esplicadme, si no por qué los egipcios esbozan todas las teogonías helenas, y resumen todas las teogonias asiáticas; explicadme si no, por que aquel Alejandro que pasó la vida de sus conquistas en el Asia, y solo atravesó como un relámpago el Africa, deja la cristalización de su sincretismo en Alejandría; explicadme por qué las escuelas filosóficas, griegas fraccionadas en Jonías y en Elea, y en Sicilia, pueblos pequeños, llegan á una suprema síntesis en Plotino: explicadme por qué Diógenes resume toda la teología oriental y Tertuliano y San Agustín la teologia occidental en sus grandes escritos. y en sus divinas ciudades.

¡Ah, señores! Yo no he comprendido nunca por que nos incomodamos tanto cuando nos dicen los extranjeros que comienza el Africa en los Pirineos. Señores: alguien ha dicho que empieza España en los Pirineos y concluye España en el Atlas. Donde quiera que volvemos los ojos, encontramos recuerdos de Africa, y donde quiera que el Africa vuelve los ojos encuentra recuerdos españoles.

La emoción, y vamos á un inventario, la emoción producida por las serenatas andaluzas, en que la guzla plañe y la voz llora elegias y tristezas del amor, de Africa proviene, como el tibio soplo que aroma nuestros jazmines y azahares; la greca mudéjar, bordada por mano de las huríes en los alfeizares de nuestros tros palacios y de nuestras iglesias, del Afriea son, co-

mo los áloes y los nopales extendidos por las costas de Dénia y de Marbella.

El toque semítico de nuestra lengua, sobrepuesto en el fondo latino; y que tanto recuerda los explendores de nuestras mayónicas, africano es: la elocuencia enfática, tertulianesca, cuyos rimbombeos tienen cierta naturalidad y sencillez helénicas, allí resuena en los lábios tambien de los nabíes y de los profetas; la poesía exuberante, no solo de Zorrilla, oriental de suyo, no solo en Góngora, criado y nacido á la sombra de las palmeras y bajo los aleros de las Aljamas, en las epopeyas de Lucano y en las tragedias de Séneca, clásicas, al Magreb huele, como los romances moriscos resonantes por las torres del Albaicin y por las escaleras del Jeneralife; y no quiero hablar de nuestra historia, porque ¡Africa! grita Alonso el Batallador al asomarse por las crestas de nuestras cordilleras béticas; Africa, dice la canción de Gesta, donde balbucea el primer vagido de nuestra lengua y donde constan los primeros esbozos de nuestras reconquistas; Africa, cantan los reyes peninsulares postrados de hinojos en los altos de las Navas al cantar el Te-Deum de su triunfo; Africa, Isabel la Católica en su testamento; Africa, Cisneros en Orán; Africa, Carlos V. en Túnez; Africa, D. Sebastían en Alcazarquivir; Africa, el Infante D. Enrique de Portugal, que nos ha dejado á Ceuta; Africa, el príncipe Constante de Portugal, D. Fernando. que ha inspirado á Calderón el mas hermoso de sus dramas; y en este sueño ideal se junta toda la península desde Lisboa á Cadiz, desde Cadiz á Barcelona, desde Barcelona á Oporto, como se juntan sus hijos todos bajo el cielo azul y luminoso que nos vivifica y nos esclarece.»

FIN

INDICE.

caracteres de la mestización.—Becerra y Pando.—Soberbia criolla.—Zoataxia.–Salamanca.–La Constitución.

VI.

No es exacto.—Opiniones de los naturalistas.--Las ilustraciones.—Ignorancia.—Palinodia.

VII.

Los genios.—Mulatos é híbridos.— Dumas.—Censuras.—Los negros africanos.—Leon XIII. El Cardenal Lavigerie.—Leopoldo de Bélgica.—Chomat y Giralt. Necesidad del partido democrático.

VIII.

Hombres célebres de la raza de color.—Los negros en España.—Juicio de Echemendía.—Opinión de Debay.—Reflexiones de Michelet.—Algo de Castelar. Africa.

———